

tria, de la literatura, de la política, de la ciencia pedagógica por suavizar las humanas costumbres, por producir la mayor suma de bien material y moral así en las altas capas sociales como en las ínfimas, tristes y desheredadas, no puede menos de sentirse una satisfacción inefable. Mas cuando se ven mantenidas aún en pie instituciones y costumbres que rememoran atávicos sentimientos de fiereza, cuando aún no sólo duelos y guerras inevitables, sino hasta festejos sangrientos y espectáculos inhumanos se mantienen y sustentan con júbilo delirante, la mente se nubla y se entristece el corazón.

Me sugiere este pensamiento el brutal pugilato ferroz y sangriento de los sajones, y las tauromaquias alegres á la vez que sangrientas y feroces de los pueblos latinos, en los que es la gran maestra y reina de tales regocijos nuestra, por otro lado, tan noble y tan compasiva y tan generosa España.

No me he sentido por ello jamás con vocación de asistir á las tauromaquias, por más que reconozco que en nuestra genial tierra española son espectáculos positivamente atrayentes, por el encanto que les prestan nuestras españolas adorables, asistiendo á ellos con su gracia sin par y sus clásicos atavíos; y porque en ellos se vierte á raudales el humor y la alegría de la raza. No desconozco tampoco cuán hermosa y gallarda es y cuán admirable la destreza del valiente lidiador burlando la acometida de la fiera selvática y bravía; pero ¿qué elemento sano educador de la humana especie puede ser el producir, con injustificada crueldad y tremendo innecesario dolor, la muerte á seres vivientes, que nos son ó han sido útiles, á los cuales se deben tal vez cariño y gratitud?

Este es el punto negro que le encuentro á estos regocijos. Por eso cuando en coches especiales lujosos, pintorescos y cubiertos de flores veo que van á los toros de Almería ó de Granada, mis hermosas paisanas naturales y de adopción, granadinas y almerienses, siento una ligera emoción de tristeza;

sequian granadinos y almerienses aprietan los vínculos de las dos provincias hermanas, y, además de eso, que no sólo toros y cañas son el resumen y compendio de sus fiestas, sino hermosos juegos florales, y certámenes artísticos y poéticos, y músicas y danzas primorosas donde lucen sus gracias y sus encantos mis granadinas y almerienses adorables, entonces no le queda ya á mi vieja y enmohecida pluma otro recurso sino el enviarles de todo corazón mi recuerdo cariñoso, y el adorar á Dios en sus criaturas.

A. GONZÁLEZ GARBÍN.

Madrid-1903.

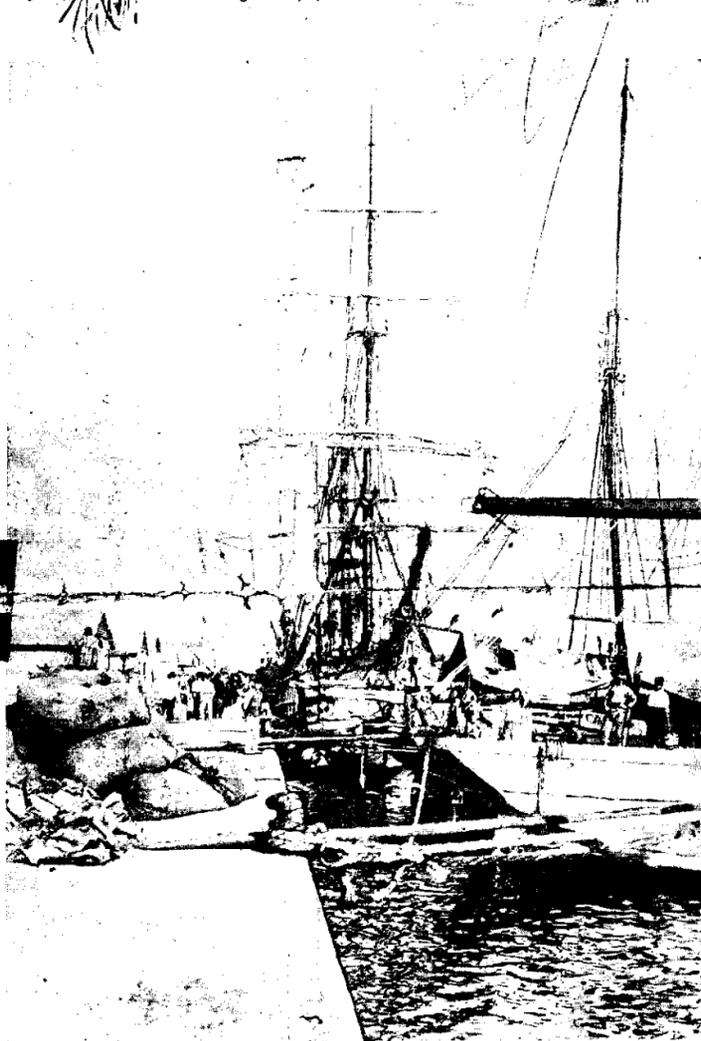
«Almería, quién te viera...»

No hay día que no te recuerde, bella Almería, ciudad hermana de mi gentil Granada, tierra bendita de los ascendientes maternos de mis amados hijos, patria chica de una generación de brillantes escolares que ha pasado por mis manos, símbolo de amor y de viva simpatía entre dos poblaciones que hasta há poco apenas podían pagarse la visita sin exponerse á grandes molestias por áridas ramblas ó por fronterizos puertos. Las casitas de planta baja del Grao me evocan tus meridionales viviendas: el pozo valenciano me trae á la memoria el pozo almeriense: las moriscas huertanas me recuerdan las bellas de los confines del reino de Granada, mitad andaluzas, mitad murcianas... hasta la danza valenciana con su pausada cadencia, su soñolienta copla, su animado movimiento y su honesto contoneo al compás de la rasgada guitarra, me revive y transporta á esa tierra levantina para mí tan predilecta y por la que siento singular inclinación. Paseando por el puerto valentino, mi vista busca instintivamente el límite de los mares hacia Denia, como si quisiese comunicar secretamente con esas playas almerienses en que tan cariñosos deudos y fieles amigos dejé; y al ver á la Virgen de los Desamparados me parece

mirar aquella Virgencica del Mar, tostada y agobiada por el peso del manto y de la corona, coincidencia iconográfica que me hace contemplar como la imagen ya conocida á la Patrona del pueblo valenciano. Recuerdo bien aquellos felices días de mi visita á la población hermana, de dulces correspondencias de amistad y de suaves afectos familiares, de fiestas campestres á los chalets vecinos y de jiras á la Garrofa, y siento la nostalgia del desterrado y la piedad por los que me acompañaban y que ya doblaron la cumbre de la vida. ¿Te volveré á ver, gentil Almería? ¡Sólo Dios lo sabe! Sin perder las esperanzas vivo, que con ciudades y personas menos sospechadas me he tropezado en mis peregrinaciones! Mientras llega ese día, acaso el menos previsto ó quizá vano fantasma que nunca llegue á realizarse —que el destino nos lleva ciegamente á lo impensado y nos aparta de lo que con viveza ansiamos,— sabe, oh hermosa ciudad, que un buen granadino, alejado de su tierra, no te olvida, y que te venera por encerrar el tesoro de inquebrantables amistades y de afectuosos parentescos, y por guardar las humanas cenizas de seres muy venerandos para mi almeriense esposa y mi granatense descendencia.

Jose VENTURA TRAVESIT.

Malencia 12 Agosto 1903.



¡AL BOTIJO!

No desdeño «el tren botijo», aunque nunca lo usaré; tanto va á la fuente el cántaro que se acaba por romper. De los «botijos», prefero, y eso desde mi niñez, la vasija que, de siglos, el Albaicín sabe hacer. Llena de agua de Alfacar es dulce como la miel, y colgada á todos vientos su frescura grata es. Cuando una joven la alcanza á néctar sabe al beber, y á gloria su delantal si dice: --Enjúguese usted.

II

Mas si ese nombre le han dado á viajes de placer, en donde las clases pobres tengan un goce, á su vez aplaudo, y con todas veras digo: -- «Viajeros al tren», Dios que permite se marchen bien los sabrá devolver. A Almería, nuestra hermana y predilecta también, de afable y hospitalaria supo darse á conocer.

Sus hijas, marinas flores, son huries del Edén; con las rosas granadinas coronas entretejéd. Visitad á sus poetas, los tiene de honra y de prez; falta Rubio. ¡Amigo amado, en mundo mejor estés!

III

Yo, á «la estrella de los mares», que orgullo del moro fué, desde *Tres Estrellas* pálidas le mando un saludo fiel.

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

14 Agosto 903.

¡ALLÁ VÁ!

Sus ojos verde y rojo avanzan brillando en la oscuridad, y por su férrea nariz el monstruoso reptil arroja humo y lumbre en sus espantables resoplidos.

Serpeando entre montañas y valles, hundiéndose en los cerros, salvando precipicios con vigorosa agilidad, se arrastra serpeando por la vega de Granada; ya pasa por las fecundas campiñas de Guadix, ya cruza con la audacia de su hercúlea naturaleza el antes temido desierto de las llanuras del Zenete, ya se lanza por la brecha que los siglos abrieron entre la Nevada y Filabrés y penetra en la tropical región de la provincia de Almería; y cuando su romo y potente hocico llega jadeante á aspirar las brisas de la playa, pasando bajo lánguidas palmeras y cansado ya rinde el último silbido, desgárrase su cuerpo arrojando de sus entrañas alegre multitud sobre alegre multitud, que se confunden en una sola masa de manos y abrazos que se estrechan, y de entre las cuales brotan ensordecedores gritos de ¡Viva Almería! ¡Viva Granada!, en tanto las olas acuden presurosas á las playas de la *Perla del Mediterráneo*, como si vinieran anhelantes á asomarse para contemplar el férvido abrazo que la civilización ha permitido darse á dos provincias unidas por la más inquebrantable fraternidad.

RAFAEL GAGO PALOMO.

SALUDO A ALMERÍA

MUCHOS indestructibles lazos de simpatía y de amor tiene Almería con Granada y Granada con Almería, formando parte en la historia de un mismo reino, el reino de los Naçar, iluminadas por un mismo sol, el incomparable y espléndido sol andaluz, que en Almería finge extrañas, caprichosísimas figuras sobre el azul de las aguas del poético mar Mediterráneo, semejantes al fantástico aéreo dibujo de las decoraciones sublimes de la Alhambra; unidas por la extensa cordillera de la Alpujarra que divide sus estribaciones como de propósito entre la una y la otra provincia para que sirvan sus estrechas gargantas de vínculo natural entre ambas; derramando por sus laderas de una y otra región los mágicos hermosos paisajes que hacen levantar la vista al cielo para bendecir al autor de tanta belleza, y confundir en un solo pensamiento á almerienses y granadinos, hijos de la misma raza, hijos de la misma abrasada tierra, hermanos por temperamento, por la sangre, por la historia común, por la legendaria hidalguía, forzosamente estas dos provincias habían de tener lazos de amor que las uniesen, y por fuerza también el porvenir de ambas había de estar tan íntimamente enlazado, que los pesares de la una habrían de hacer latir de pena el corazón de la otra y la prosperidad de cualquiera de las dos resonar en la provincia limítrofe llenándola de regocijo y alegría.

Hoy, que las esperanzas de común prosperidad empiezan á realizarse, Granada saluda á Almería con toda la efusión de su cariño, y el espíritu de ambos pueblos se confunde en apretado abrazo moral, del mismo modo que se estrecha materialmente enlazada por los brazos de hierro de los rails, en el confín de las respectivas provincias, la tierra de las dos hermanas.

FRANCISCO SECO DE LUCENA.